



*Narraciones y
caminos literarios
en Cali. a la luz de
Harold Kremen
y otros maestros
universitarios*

Gladys Zamudio Tobar 

CITA ESTE CAPÍTULO

Zamudio Tobar, G. (2020). Narraciones y caminos literarios en Cali, a la luz de Harold Kremer y otros maestros literarios. En: Rojas Miranda, J. S. & Zamudio Tobar, G. (editores científicos). *Narraciones y experiencias literarias en el Valle del Cauca* (pp. 10-25). Cali, Colombia: Editorial Universidad Santiago de Cali.

Narraciones y caminos literarios en Cali, a la luz de Harold Kremer y otros maestros universitarios

Gladys Zamudio Tobar 

<https://orcid.org/0000-0003-3426-3776>

Es una vieja costumbre que se ha conservado a través de los siglos.

Y, aunque generaciones enteras no han tenido la suerte de vivir la vieja tradición, todavía se sigue guardando en grandes libros la historia.

Esos libros se encuentran archivados en el consejo de Ciudadanos, encerrados en una antigua caja fuerte, situada en el centro del salón de Deliberaciones, a la vista de todos. (Harold Kremer)

De paso por la USACA¹ y la literatura en Cali

A las 5 p.m. era la hora fijada. Yo estaba en la Licenciatura de Ciencias de la Educación con énfasis en Literatura e Idiomas. No fui la mejor en el colegio, pero aprendí mucho de la vida fuera de las aulas, en sus alrededores y al exterior de la institución. Aprendí más historia y geografía de mis compañeros gamines y de los paseos a Pance, al Valle de Alicia, que de las aburridoras clases de las profesoras Gloria y Mérida, que nunca supieron qué era volarse de clase. Las detestaba tanto como a mi padre que me quería obligar a escucharlas. Se me hubiera dañado la vida. Ellos eran muy agresivos y por eso los odiaba. ¡Qué bueno que todo pasó!

¹ Acrónimo de la Universidad Santiago de Cali entre los años 60 y 90; hoy es la USC o “la Santiago”.

✉ Universidad Santiago de Cali. Cali, Colombia.
gzamudio@usc.edu.co

Papá. Llegué a odiarte. Te odié porque no me dejabas ser. ¿Ser qué? Tal vez libre, cuando la libertad, según la entendía, era poder estar en la calle, no estudiar, decirles a otros que no perdieran el tiempo en aulas, que estuvieran conmigo. Les puedo enseñar más que sus profesores. Por ejemplo, cómo robar mangos sin que los mayordomos se enteren. Robar confites en una tienda, con tretas de pícaro (Spitaletta, 2011, p. 2).

Cuando llegué a la USACA ya era profesora y todo lo que me enseñaban en la Licenciatura lo aplicaba en mis clases, aunque las primeras fueron de Primeros Auxilios y Educación Física, no de Lenguaje.

¡Qué gran decisión! Era la carrera que me gustaba; a mi padre no le agradaba la idea, él quería que estudiara Contaduría; un día le dije que sí, pero que contaría cuentos en vez de números. Él se molestó, pero, después de cortos y repetidos enojos, me apoyó económicamente.

Cuando yo salía del trabajo, almorzaba, descansaba un rato y me dedicaba a leer y escribir. Si lograba escribir algo que considerara completo, sensible y bien redactado, llegaba a la Universidad a las 5 p.m. para pegar los carteles con mis poemas; cada vez lo hacía con un seudónimo distinto para que nadie sospechara de quién se trataba. Esto lo hacía antes de que llegaran mis compañeros porque me daba pena que se dieran cuenta que eran míos. Me gustaban esas maneras subversivas de hacerles leer mis versos. Una vez iban llegando, salía del salón y me paraba a su lado para escuchar los comentarios –uno a uno- provocándolos con los míos, que eran intencionalmente negativos.

Era delicioso caminar disfrutando del atardecer de Cali, de San Nicolás –donde vivía- hacia la USACA. Quedaba al frente del Teatro Calima, en una casona con nombre propio La Felisa, tal como la mejor amiga de mi madre. Esto la hizo muy cercana a mí. Todo lo de esta Universidad me convocaba y me invitaba a leer la ciudad, los libros, a los artesanos o hippies, como los denominábamos. Sentarse a conversar con ellos en su alfombra mágica era una delicia porque alimentaba más mis sensaciones y voces interiores para escribir.

Las personas que conocí en Los Turcos, donde Torres, en Po. 19 y todos los vendedores de mecato, cigarrillos y artesanías, me brindaron espacios para reflexionar, conocer historias e inventar otras. Me imaginé como una mujer distinta, una intelectual, una escritora, pero sobre todo, una bohemia. Las conversaciones nocturnas con los poetas de Cali y los ajenos, estimularon más mis deseos de escribir.

Buscaba los libros que me habían recomendado -directa o indirectamente- en la Biblioteca Departamental, Centenario y USACA, siempre me quedaban otras por visitar porque me engolosinaba revisando libros y leyendo fragmentos. Había otros escenarios llenos de ficheros clasificados con toda la bibliografía que entraba a Cali, como la Biblioteca de Univalle y las de Santa Librada. Así lo cuenta Otero (s.f.) en una amplia investigación acerca de la historia cultural de Cali entre los años 70 y 80.

Otras bibliotecas importantes eran la Biblioteca del Centenario, fundada en 1910; las bibliotecas del Colegio Santa Librada, La Universidad del Valle y La Universidad Santiago de Cali, en donde se reunían grupos de estudiantiles interesados en asuntos relacionados con cuestiones académicas, sociales, culturales y políticas, ya que les interesaba expresar su punto de vista frente a lo que pasaba en Colombia, Latinoamérica y otras partes del mundo. Todos estos aspectos hicieron que los grupos de estudiantes y profesoriales se vincularan a los procesos sociales y culturales de la ciudad. (Otero B., N., s.f., p. 11)

Cuando llegaba a la biblioteca de la USACA, me recibía Aníbal Arias, poeta y dueño de casi todos los libros que tenía en los estantes. Era como una especie de Google, los exponía o hacía un breve resumen antes de recomendar a los estudiantes su lectura. Con su sempiterna barba poblada, su conversación de buen calibre y su auténtica manera de decir, que traía un aire de mar y de río, como los oriundos de Barbacoas, primero me invitaba a un café; entonces yo le contaba cuáles eran mis intereses lectores. Una vez terminada la charla, yo me encerraba en ese nicho a disfrutar y aprender de lo leído.

En las clases también tuve maestros excelentes en el uso de la lengua, en la lingüística y, sobre todo, en literatura. Flavio Peña era uno de ellos; llevaba su cabello engominado, su presencia era impecable y sus palabras bien

puestas como cada signo de puntuación y tildes que nos hacía corregir en los textos que escribíamos. Libardo Ruiz, “Popeye” como le decíamos sin que se diera cuenta, era otro maestro que sabía muy bien cómo llevarnos de un párrafo a otro con una paciencia tan robusta como sus fuertes brazos, que mostraba tras llegar con la camisa remangada como se usaba en los muchachos de entonces.

Alejandro Ulloa también nos convocaba de manera muy sencilla, pero clara, con ejemplos provenientes de su propia escritura como “San Carlos. Te acordás hermano”, un libro de narraciones autobiográficas estudiantiles que, además de darnos trucos en la escritura y en la literatura, nos invitaban a imitar su estilo y a contar nuestras historias en el colegio.

Los escritores de “Los Turcos” fueron nuestros maestros. La clase se extendía hasta ese restaurante-bar. Nunca supe qué era, pero sí comprendí el espíritu de la cultura que contagiaba a Cali, danzando en ese memorable lugar. El profesor Ulloa nos invitó una vez allá y luego fue imposible salir. Era otra cátedra. ¡La mejor!

En medio de tantas formas y estilos de vida, de lectura y de escritura, nos poníamos más retos intelectuales. Uno de ellos era pasar de escuchar a los poetas, cuentistas y novelistas y participar algún día, de manera célebre, en las conversaciones de esos generadores de sensibilidad, puestos en el corazón de Cali.

Esos escenarios se multiplicaban al interior de la USACA con estudiantes y profesores de UNIVALLE. Casi todos eran los mismos. Hicimos las tertulias literarias, donde ya no escondíamos los poemas ni los relatos sino que nos arriesgábamos a leerlos en público. Algunos compañeros infirieron que los escritos de las paredes al inicio de carrera eran míos. Ya podía confesarles que sí. Ellos me respetaban y yo a ellos. De manera mutua nos hacíamos sugerencias para mejorar los textos.

Un día llegó una rubia, rubísima, pero no como la mona de Andrés Caicedo; esta era alta y acuerpada, hablaba un español extraño. Se presentó como Juliane Bambula, nacida en Alemania. Ella sabía explicar de manera sencilla cómo vivían los personajes y los autores de las obras que leíamos; gozaba de tener habilidad para la narración oral; su acento alemán y su sencillez hacían

que entráramos en los mundos de Jack London, Jhon Steinbeck, Albert Camus y James Joyce, entre otros de finales del siglo XIX e inicios del XX.

Esos seres sensibles fueron nuestros maestros, quienes nos impulsaban a escribir. Pero también lo fueron compañeros de estudio como Ásbel Quintero y Apolinar Zapata, hombres mayores que nos enseñaron más de literatura y crítica literaria. El primero era profesor de un colegio estrato tres y el segundo trabajaba en una fábrica de maniqués, llegaba en bicicleta, cansado pero feliz por estar estudiando. Con ellos bebíamos, escuchábamos música protesta, veíamos cine, leíamos y todo lo analizábamos al calor de unos vinos que nos hacían pensar mejor y sentirnos como unos grandes intelectuales.

Hay que estar ebrio siempre. Todo reside en eso: ésta es la única cuestión. Para no sentir el horrible peso del Tiempo que nos rompe las espaldas y nos hace inclinar hacia la tierra, hay que embriagarse sin descanso.

Pero, ¿de qué? De vino, de poesía o de virtud, como mejor les parezca. Pero embriáguense (Baudelaire, 1998).

En ese ir y venir de letras, imágenes, canciones y buenas historias llegó un egresado de Literatura e Idiomas de la USACA a reemplazar a uno de nuestros profesores, Harold Kremer.

Kremer, egresado y profesor de la USACA

Nos avisaron que el profesor –cuyo nombre no recuerdo- había renunciado, pero que venía otro a sustituirlo; en menos de quince minutos apareció en la puerta. Era un hombre alto, joven, de tez trigueña, tenía unos bucles que parecían organizados intencionalmente y hablaba como nosotros, pero era de Buga. Las compañeras le coqueteaban porque era muy simpático (como diría entonces mi abuela). “Mi nombre es Harold Kremer”, se presentó. “Soy egresado de esta universidad”. Nos emocionamos porque nos hizo pensar que podríamos ser docentes universitarios. No pestañeábamos para no perder ni uno de sus gestos que marcaban un conocimiento del lenguaje no verbal –hoy digo- propio de quien es un buen observador, característica ineludible en un escritor de cuentos y crónicas.

Mientras hablaba, se iban dibujando en nuestra mente los paisajes, los detalles, los colores, las acciones de la situación, el cuento, la obra literaria o cinematográfica que nos contaba. También quien escucha debe haber estado atento con todos sus sentidos cuando transita por la vida. No todos saben imaginar. Esto me recordó la *Dream Machine* de Brion Gysin, donde a partir del parpadeo veloz o de pasar en un automóvil con los ojos cerrados por una hilera de árboles a lado y lado, se pueden ver muchas otras realidades y crear situaciones artísticas singulares e infinitas. Lo más importante de esto no es la película que un individuo puede construir sino el hecho de modificar algo en el ser humano, en sus sensaciones.

En la *Dream Machine* nada se presenta como único. Al contrario, los elementos captados en una repetición incesante, desgranándose unos tras otros y vuelta atrás, manifiestan que pertenecen a un todo. Ello se acerca, sin duda, a las visiones a las que remiten los místicos, para quienes se trataba de una experiencia incomparable. [...] La *Dream Machine* puede provocar un cambio en la conciencia, en la medida en que aleja los límites del mundo visible y que puede demostrar que el mundo no tiene límites (Gysin, B., 2000, p. 43).

Ese era el mundo de las sensaciones que nos despertaba la clase de Kremer; era una *dream machine*, era un viaje con todos los sentidos puestos. La seguridad en su mirada, cálida e indagadora al mismo tiempo, su tono de voz y cierta ronquera al finalizar sus enunciados, nos remitían a lugares de los libros y a pasajes muy íntimos de nuestras vidas, fuente de riqueza para escribir.

A pesar del poco tiempo que estuvo con nosotros este profesor, conseguimos –ahora lo pienso– lo más importante, la actitud, el deseo de escribir y la grandeza de sus ojos negros para observarlo todo. Nuestros ojos también se abrieron para vigilar cada instante y no perder nada de vista; esto ha sido útil no solo para hacer literatura sino para hacer investigación de corte etnográfico. En esos meses aprendimos algunas estrategias para mejorar nuestra escritura. De un par de sueños hice un relato aceptable, nada comparado todavía con lo que había leído hasta el momento.

El tiempo pasó y quedamos con el entusiasmo por la escritura. “Hay que leer y escribir, pero no tenemos que publicar” decían siempre Ásbel y Apolinar. Hoy, por el contrario, con las dinámicas globalizadas de la educación, nos esforzamos por escribir y publicar lo que nos exigen a los profesores para puntuar y acreditar las instituciones.

Son tiempos y prácticas distintas. Yo estudiaba en la primera década de los años 80, cuando lo importante era leer, conversar, discutir, argumentar y atreverse a escribir lo que pensábamos; aunque, como estudiantes de literatura, lo que más nos gustaba era poder sorprender con textos cargados de trucos literarios, bellas maneras de expresar con palabras nuevas y estilos muy originales; es decir, que no fuéramos influenciados por los autores.

Kremer nos despertó buena parte de ese potencial que teníamos. Ya comenzábamos a sentirnos capaces de explicar a otros algunos procesos de la escritura y de pensarnos como personajes escritores, es decir que teníamos la actitud.

Los cuentos eran alrededor de la mesa del comedor. Una señora nos contaba sus sueños diariamente y también sus mentiras. Entonces yo me puse a pensar que los recuerdos siempre son alrededor de la palabra, y ahí resultó que, sin darme cuenta, me fui apasionando por la escucha de esas voces pero también por la lectura de otras consignadas en el papel (Saldarriaga, M., 2014, párrafo 9).

Así como lo cuenta Reinaldo Spitaletta en la entrevista realizada por Manuela Saldarriaga, nos sentíamos apasionados por la forma de contar de Kremer. Hay que saber contar historias dice Ospina (2008) para que los niños tomen el camino de la lectura; es una importante estrategia para leer no solo con el oído sino también con los ojos.

Cuando estábamos entusiasmados pensando en historias comunes, en pasajes de la vida similares a los que nos narraba, Kremer sacaba textos cortos, sencillos de leer, pero profundos en la complejidad de sus tramas. Eran prosas hechas como juegos de ajedrez, donde si uno perdía un movimiento pedía la partida. Leímos “Verónica” una y otra vez, fotocopiado del libro “Vida puta, puta vida”, una compilación de cuentos y “Tanta agua tan cerca de casa” de Raymond Carver. En ambos cuentos nos sentíamos culpables

por las implicaciones que significaban formar parte de ese entorno. Una vez dentro de un cuento, de una novela o de un chisme, ya no estamos exentos de ser cómplices de los personajes.

El taller de crónica

Después de muchos años, cuando ya era profesora de la Universidad del Valle -tal como lo había imaginado en los primeros semestres de la Licenciatura en Literatura e Idiomas- regresé a la USACA, pero ahora le decían La Santiago. Desde luego que era otra universidad. Los rincones de la poesía no eran visibles, la revista Grafos no se conocía; el cine tenía otros lugares más exquisitos para otro tipo de estudiantes y no se disfrutaba los sábados en horas de la mañana en el Teatro Calima y tampoco había funciones en la Avenida Sexta en la hermosa casa La Felisa que, luego descubrí, era el mismo nombre de la abuela materna de Harold Kremer, quien dice: “muy anciana, muy primitiva, muy sabia y una gran narradora oral” (El país, 2014). Tuve que trasladar muchos de mis recuerdos a este nuevo emporio lleno de edificios, donde el cine había dejado de ser público.

Tal vez uno, de los más reconocidos cine-club de la ciudad, y recordado con mucho afecto por la gente de Cali de ese entonces, fue el Cine Club de Cali, fundado en 1971, el cual era dirigido por Andrés Caicedo, Ramiro Arbeláez y Luis Ospina [...] De igual forma, también pretendían “fomentar la crítica”, “el análisis del cine”, para lo cual, requerían del medio “lo más libre posible” (Entrevista a Ramiro Arbeláez, 2010). [...]

Dice Arbeláez, en la entrevista citada, que este cine club funcionó en las instalaciones del teatro San Fernando, el cual era un espacio muy apropiado porque albergaba cerca de unas 800 personas y además se ubicaba al sur de la ciudad, en un sector de clase media - media, media - alta y estaba cerca de las universidades, especialmente de Univalle, que funcionaba en San Fernando y también de la Santiago de Cali, que funcionaba en el Centro de la Ciudad. Así que este cine club atraía a un público muy plural, constituido no sólo por universitarios, que era su mayor clientela, sino también por estudiantes de colegios, habitantes del barrio y de otras zonas populares [...] (Otero B., N., s.f., p. 19).

Pese a ello, en la Biblioteca encontré, como a un libro sabio, a Aníbal Arias. Al igual que en nuestras viejas prácticas, me recomendó autores, obras y lugares para continuar mi vida de intelectual. Entre todas las cosas que me contó, me dijo que había una sala especial donde estaban sus libros; allí leían y discutían asuntos de interés para todos. Era un lugar de resistencia frente al gran universo que se había gestado desde las necesidades de crecimiento de las universidades para competir con otras.

Uno de esos días de lecturas y conversaciones, nos anunciaron que tenían como invitado a Harold Kremer. Mis expectativas eran enormes; no sabía si se acordaría de mí, pero yo no quería perder esta oportunidad de aprender de sus técnicas narrativas. Además, ingenua pensé, tengo un punto a favor: tengo el mismo nombre de su hermana, Gladys “que nos contaba cuentos, y que nos estimulaba a contar nuevas historias a partir de lo que ella nos narraba.” (El país, 2014) Llegó el día. Entró el mismo hombre trigüeño, apuesto, con sus bucles color azabache, con sus grandes ojos preguntando por todo, pero –esta vez- además traía una teoría para escribir crónicas. Era una especie de fórmula mágica, una poción que bebimos mientras explicaba como si fuera álgebra y ejemplificaba como si se tratara de un cuento para niños. ¡Qué facilidad para meternos en el cuento! Eso es de maestros. No todos los que saben de algo son capaces de explicarlo de manera sencilla para todo el mundo.

Los talleres de Harold Kremer continúan siendo un oasis en medio de tanta ciencia y poca conciencia de lo que sucede en nuestro entorno. Los sábados llegan personas de toda clase, conversan con él, preguntan sin ningún temor porque él no tiene nada que decir a nadie. Cada uno opina y defiende lo que dijo. Este escritor no espera explicaciones de la vida para escribir las crónicas y los cuentos. Simplemente narra lo que acontece en el mundo externo e interno.

Una didáctica para las crónicas y los minicuentos

Este bugueño se sienta a contemplar las realidades caleñas, vallecaucanas o de los lugares que visita. Esa es una fórmula para la escritura de las crónicas y los minicuentos. Pero él se ha ingeniado una estrategia para enseñar a escribir estos tipos de textos. Realmente ellos son el fractal de la escritura de novelas. Las estructuras de esta última se diferencian por la extensión que

se debe al incremento de pequeños conflictos que giran alrededor de uno grande, el más importante de toda la trama.

He escuchado aquello muchas veces y siempre me causa el mismo desconcierto. Me refiero a esa concepción según la cual todo el que aspire a ser novelista debe iniciarse escribiendo cuentos. Y como los ejemplos abundan en la historia literaria, se da por sentado que es ésta una verdad incuestionable (López, 2006, p. 413).

Kremer mira hacia el horizonte -como si leyera el humo que emana de su boca cuando sale a fumar en los recesos- tal vez repasando eventos para poder ejemplificar cómo es la historia y cómo se diferencia del relato. Hace una especie de ecuación en el tablero para explicar en qué consiste cada parte. La metodología consiste en conversar con su público y en indagar sobre experiencias de lo que escribirán. Es decir que da herramientas emanadas de las ideas de todos para la posterior narración.

Mientras piensa, en silencio, pone su mano en la boca, quizá para evitar hablar antes de hora. O tal vez para esperar qué idea surge de los participantes. No tiene prisa porque para escribir no se puede tener prisa.

Este maestro, además de tener una amplia producción literaria, ha convocado a centenares de estudiantes -profesores y personas que aman la literatura- a escribir crónicas y cuentos. ¡Nadie se salva en Cali! Así como la USACA ha henchido su espíritu literario durante más de treinta años -con otros literatos del Valle y de afuera- y, sobre todo, con Harold Kremer, las otras instituciones educativas también se han dejado tentar por sus grandes ojos negros soñadores, díscolos y observadores. La Universidad ICESI, la Libre, Univalle y todas las instituciones educativas donde él ha inoculado sus saberes sensibles e intelectuales, han conseguido elaborar cuentos y crónicas que develan las fortunas y tragedias humanas.

Muchas noches me despertaba con pesadillas, con la sensación de un fusil en la nuca. Soñaba con el cansancio de subir y subir lomas empinadísimas, con la sensación de no poder caminar más y que mis pies hinchados se iban a explotar; con miedo de las serpientes, los insectos, los bichos. Soñaba que tenía hambre y no tenía qué comer-a excepción de un plátano verde con sal o arroz blanco solo, que en muchas

ocasiones no nos daban porque no les había sobrado de su comida; a veces mataban marranos e incluso osos; y casi siempre nos dejaban con el olorcito y eso sí, la infaltable dieta del plátano. Soñaba que el ejército llegaba y nos teníamos que esconder (Álvarez Gil, 2005, p. 174).

Estremece la manera como los estudiantes logran narrar situaciones tan delicadas de nuestro país, de nuestro Valle del Cauca, donde a diario se presentan secuestros y asesinatos, muchas veces por el resentimiento de personas que no han tenido las mismas oportunidades económicas, afectivas ni educativas.

Esto no solo representa el inicio de los universitarios en el ámbito de la literatura sino que los sensibiliza frente a la ciudad, departamento y país donde vivimos y despierta en ellos un sentido crítico y realista que los separa un poco del consumo de una cultura artificial transmitida por los medios de comunicación.

La cercanía con las víctimas pone en cuestión al entrevistador y lo involucra en la historia. Se eriza, siente miedo, alegría y casi que quisiera también vivir esas escenas con tal de saber exactamente qué es lo que se siente. Claro que no todas las crónicas o las historias son terribles, eso también depende del filtro con que se mire.

El profesor Harold Kremer da las pautas sin imponerlas; simplemente va imaginando las situaciones y las expone, sugiere secuencias y ampliaciones de pasajes que ve interesantes para el lector. Esto solo se consigue con las dinámicas de las buenas conversaciones y los acuerdos.

Claro está que es más impactante tener en el aula a esas víctimas que se han salvado, pero que le vieron el lado amable a todo lo que la vida les va poniendo para resolver. En este sentido, todos hemos sido golpeados –de una u otra forma– por las experiencias y la escritura, la lectura, la danza, el teatro, la pintura y demás artes afines nos han dado el valor para convertirlas en bellas expresiones vitales.

Así mismo sucedió con Patrick Martínez, quien se hizo amigo de los guerrilleros cuando lo tenían secuestrado con un grupo de “Burgueses hijueputas” como lo denominó uno de ellos. ¡Eran muy jóvenes! “¡Eran

unos peladitos! No podíamos creer que personas de trece y catorce años nos estuvieran amenazando con armas. Eran quince peladitos cuidando a quince secuestrados” (Velasco, T., 2005, p. 189).

Cuando ya se van resolviendo las tensiones y se da lugar a la tranquilidad, también es posible compartir con todas las sensibilidades y placeres humanos. No hay pasajes ni en la vida ni en la literatura que sean solamente dolorosos; siempre hay que esperar un poco. La pesadumbre no es para siempre.

Todo el mal estado de ánimo nos cambió. Así que entre los secuestrados reunimos dinero y mandamos a comprar guaro con el Flaco y también otras cositas como queso. Ese dinero era el que nos quedaba en los bolsillos de las limosnas de la iglesia. El Flaco nos hizo el mandado y, esa noche, todos tomamos trago, hasta los guerrilleros. Parecíamos buenos amigos. Al día siguiente notamos algo muy extraño: los guerrilleros mandaron a matar una res y nos dieron porciones de carne enormes. Parecía como si estuvieran celebrando algo. Nos sentimos felices porque hacía rato que no comíamos tan bien (Velasco, T., 2005, p. 198).

Historias reales de nuestro entorno, retratos y sentires de quienes han sido secuestrados o se les ha privado de la libertad en relaciones no solo políticas sino afectivas como las cadenas que se construyen entre los seres humanos, rodeadas de nombres amorosos. Las prisiones de las mujeres, limitadas por sus esposos para salir de casa a trabajar o a desempeñar otros roles sociales. Estos también son los temas de los cuentos y crónicas de los estudiantes universitarios de la ICESI, orientados de manera muy didáctica por el escritor Harold Kremer.

Las desgracias humanas se presentan de manera impredecible como le sucedió al Chiqui. Vidas que en medio de la miseria se destacan porque se siembra en ellos una esperanza. Este niño que se hizo grande fue un buen estudiante, se graduó y se enamoró de una joven que andaba en negocios ilícitos. El amor lo llevó a la cárcel y la alquimia para conseguir la embriaguez, que permite soportar el peso del tiempo encerrado, le falló. Se despidió como si estuviera soñando.

Chiqui conoció varios colombianos allá y se dedicó a trabajar duro, pero la verdad es que le hacía falta la gente de Cali, la música, sus amigos, mi mamá y de vez en cuando su familia. Él siempre fue muy depresivo y yo sé que a él ese sitio le estaba partiendo el alma. [...] Uno de ellos era un costeño que les enseñó a hacer mezclas para reemplazar el trago; cogían tiner, le echaban diablitos, esos de la pólvora, jabón azul –dizque porque el “gísqui” lo preparaban con jabón-, le echaban otras porquerías que ya ni me acuerdo, cogían eso, lo batían y le quitaban el corcho. Entonces eso explotaba y sí, eso quedaba igualito al trago, como si fuera aguardiente o ron, mejor dicho yo no sé a qué sabía, pero era algo así (Hoyos, L., 2008, p. 17).

En estas producciones estudiantiles de las universidades de Cali, en este caso la Libre, también se narraron capítulos de la cotidianidad en el colegio como los experimentos para la feria de la ciencia, donde los jóvenes se arriesgan a leer cómo se pueden combinar los químicos para inventar nuevos productos. Esto trajo muchas desgracias como la del personaje que sufre un accidente, hay una explosión y su amigo queda ciego y él deforme.

Y me devolví para Tuluá. Estaba mamado de Cali y de las cinco operaciones que me hicieron. Lo que desde allí siguió fueron chequeos cada uno, dos y seis meses para ver como evolucionaba, pero por lo menos ya en Tuluá. Y muchos medicamentos, más que todo gotas. Esos remedios me los tenían que estar variando, y me los tengo que aplicar hasta el día en que me muera. [...] Cuando por fin pude abrir los ojos otra vez, y alcanzaba a ver una imagen borrosa, pude notar al mirarme en el espejo que gran parte de la cara tenía todavía muchísimas cicatrices. Mis dos cejas no eran iguales, pues una de ellas era sólo la mitad. Al obtener esa imagen, así fuera tan borrosa me puse muy triste, me preguntaba si había sido un accidente o de pronto un error mío, que al fin de cuentas se llevó por delante a otras personas (Peñaranda O., 2008, p. 103).

Se cruzan las narraciones autobiográficas de los estudiantes, las que les cuentan sus compañeros y las que se mezclan para realizar el estratégico juego de la construcción de cuentos. Leyendas, historias de magos, personajes con amigos imaginarios, seres invisibles y otros asuntos provenientes de dimensiones inefables de la mente humana. Todos nos hemos preguntado

por situaciones como las planteadas por Kremer en sus escritos. Metáforas como la cajita cuadrada donde David, que no se sabe si es el personaje de su cuento o es el que se inventó el amigo imaginario de este, recrea la historia de Colombia, participando en ella. David y Benito salen heridos en la guerra. Una analogía para mostrar parte de la realidad de nuestro país, los niños son afectados por los enfrentamientos entre los actores de los conflictos.

La madre, como las de ahora, sufre porque su hijo permanece encerrado pensando en la guerra; ella no sabe que no solo piensa sino que participa de ella, desde esos imaginarios que construyen los pequeños cuando sus familias los meten en “la cajita cuadrada” para que no perturben la paz de la casa.

Las alocuciones de los adultos y sus preocupaciones son muy diferentes a las de los niños. Se preocupan por la limpieza y el orden de la habitación, pero no sacan tiempo para organizar un poco la mente de los infantes.

El juego de naipes, de dominó, el juego de la imaginación, de la creación de mundos paralelos atraviesa la obra de Harold Kremer. Seres invisibles, tal vez la soledad, la tristeza “eso pasa cada sesenta o setenta años” (Kremer, 2014, p.92), la vejez que trae depresión; el ron también participa de una manera muy importante como compañía, así como el tabaco, para ser más valientes y enfrentar las cosas que no se ven, pero que se sienten. “Buscó algo de tabaco y apenas encontró unas migas que no alcanzaron a amargarle la boca” (Kremer, 2014, p. 91).

Los relatos oníricos como “La loca escondida en su sueño” generan en los lectores sensaciones de estar perdidos, olvidados por los personajes de los cuentos. No se conoce cuál es el auténtico porque este mundo para el escritor puede ser el ficcionado. De pronto dejamos de ser personas en esta caótica sociedad y, al leer a Kremer, pasamos a ser uno de sus personajes invisibles que no se pueden leer en el cuento porque no se ven, pero ahí están.

¿Vos sí sos buena para devolver libros?

Yo también sueño y veo a mis personajes. Pensé escribir acerca de Kremer porque he considerado que es un buen maestro de literatura, de hacer literatura y no solo de hablar de ella. Llevo años viéndolo en un ir y venir silencioso, a las aulas, las bibliotecas, los auditorios, no muy grandes, con públicos selectos.

Ha tejido poco a poco no solo una historia en Cali sino una sarta de libros y personajes que eran invisibles y ahora ya están en lugares públicos tanto al interior de las universidades como en las librerías; estudiantes de diversas disciplinas –y no necesariamente de literatura- que se han hecho escritores.

Quien es capaz de ilusionar, motivar y, además, dar herramientas para escribir, no es únicamente un gran escritor sino un maestro. He visto en Kremer esas pulsaciones, esa paciencia, esos mundos fantasmagóricos que se dibujan en el humo de su cigarrillo y del café que mezcla con suavidad.

Como sentí que, además de todo lo anterior, es buena persona, me empeñé aún más en comunicarme con él, pero surgió una pregunta ¿cómo? ¿dónde? ¿a quién le pregunto? Solamente bastó con levantarme y dejar fluir la idea de lo que quería escribir y, al llegar a la Santiago, me encontré con una amiga y la estaba acompañando a desayunar cuando llegó otra a la mesa a saludarme. Sentí alegría y estaba feliz de tenerlas juntas.

No había pasado un minuto con ellas y de repente algo me llamó, pero no era una voz, era una profunda mirada. Salí corriendo hacia él y le dije “¿Cómo supiste?” “¿Por qué te apareciste?” Confirmé todas mis premoniciones y mis análisis de Kremer, a través de toda la historia y de sus narraciones; él es como un ángel o un fantasma de ciudad, es un escritor invisible que aparece solamente cuando se le necesita. Todavía no sabía si era producto de mi imaginación, pero yo lo veía y lo vio una de mis amigas que se sentó con nosotros a echar humo y a tomar café.

No pasamos ni diez minutos juntos y yo no sabía cómo contarle todo lo que había pensado escribir, pero él me dijo que me prestaría sus libros. No dejé la huella de Ekuóreo en este ensayo, pero sí me conecté con él en ese mundo a veces sarcástico, otras dulce y femenino como las voces que tiene dentro de su abuela Felisa y de su hermana Gladys y otras como si estuviera ciego o como si no quisiera mirar nada más. Tal vez quiere mirar en esos otros mundos internos. Finalmente, feliz le dije que recogería los libros en la biblioteca al día siguiente y mientras se alejaba, prácticamente se despidió con una pregunta: ¿vos sí sos buena para devolver libros?

Referencias bibliográficas

- Álvarez Gil (2005). Mañana será mejor. En: Una botella de ron pa'l Flaco. Crónicas caleñas. Harold Kremer, Director Taller de Crónica. Cali, Colombia: Universidad ICESI. Pp. 169 – 180.
- Baudelaire (1998). «Pequeños poemas en prosa o Spleen de París» (1ª ed. Francés, 1862). Traducción Joaquín Negrón Sánchez. España: Visor.
- Gysin, B. (2000). Dreamachine. En: Revista de Literatura Quimera. N° 187, Enero. España.
- Hoyos, L. (2008). Inocencia. En: Ataque de un psicópata. Crónicas. Harold Kremer, Director Taller de Crónica. Cali, Colombia: Universidad Libre. Pp. 9 – 19.
- Kremer, H. (2004). El combate. Cali: Deriva.
- López C., Alejandro J. (2006). Literatura: teoría, historia, crítica 8: 413-424
- Ospina, W. (2008). La escuela de la noche. Colombia: Norma.
- Otero B., N. (s.f.) Los escritores en Cali y sus mundos culturales. Aportes para una historia cultural de la ciudad. Años 1970 y 1980. Cali, Colombia: Universidad ICESI. Recuperado de: https://repository.icesi.edu.co/biblioteca_digital/bitstream/10906/70333/1/escritores_cali_culturales..pdf
- Peñaranda O. (2008). Químicos letales. En: Ataque de un psicópata. Crónicas. Harold Kremer, Director Taller de Crónica. Cali, Colombia: Universidad Libre. Pp. 97 – 104.
- Saldarriaga, M., 2014. Reinaldo Spitaletta, el hombre que comió cuento para escribir. Medellín, Colombia: El Tiempo. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-14074237>
- Spitaletta, R. (2011). El sol negro de papá. Medellín, Colombia: EAFIT.
- Velasco, T. (2005) Una botella de ron pa'l Flaco. En: Una botella de ron pa'l Flaco. Crónicas caleñas. Harold Kremer, Director Taller de Crónica. Cali, Colombia: Universidad ICESI. Pp. 181 -203.

